15-11-2020

«Endereza tu corazón, mantente firme y no te angusties en tiempo de adversidad. Pégate a él y no te separes, para que al final seas enaltecido. Todo lo que te sobrevenga, acéptalo, y sé paciente en la adversidad y en la humillación. Porque en el fuego se prueba el oro, y los que agradan a Dios en el horno de la humillación. En las enfermedades y en la pobreza pon tu confianza en él. Confía en él y él te ayudará, endereza tus caminos y espera en él. Los que teméis al Señor, aguardad su misericordia y no os desviéis, no sea que caigáis» **(Eclesiastés 2,2-7).**

Por lo general, es el pobre el que tiende la mano. En cambio, el Señor nos dice que debemos ser los primeros en "tender nuestra mano" a los pobres. Así nos lo dice el libro del Eclesiastés (7, 32). Y el Papa Francisco ha elegido estos versículos para marcar la pauta de la IV Jornada Mundial de los Pobres de este año, (que se celebra el penúltimo domingo del año litúrgico). Él mismo ha querido este día como signo del año jubilar de la misericordia. Y en este 15 de noviembre nos unimos a la reflexión del Santo Padre.

"Tender la mano" hace descubrir - en primer lugar, a quien lo hace - que dentro de nosotros existe la capacidad de realizar gestos que dan sentido a la vida. ¡Cuántas manos tendidas se ven todos los días! Pero, sucede cada vez más que la prisa nos arrastra en un vórtice de indiferencia. Y así ya no sabemos reconocer el gran bien que se hace cada día en silencio y con gran generosidad.

La pandemia, que llegó de repente, nos cogió desprevenidos, dejándonos con una gran sensación de desorientación y de impotencia. El tiempo que estamos viviendo ha puesto en crisis muchas certezas. Nos sentimos más pobres y débiles, porque experimentamos el sentido del límite y la restricción de la libertad. Nuestras riquezas espirituales y materiales se ven desafiadas. Y hemos descubierto de tener miedo.

Pero también hemos redescubierto lo importante que es mantener la mirada fija en lo esencial. Hemos madurado la exigencia de una nueva fraternidad, capaz de ayuda y estima mutuas. Y, por supuesto, hemos redescubierto el valor de la oración, como ancla de salvación. Nos aferramos a la misericordia de Dios que no nos abandona, aunque a nuestros ojos parezca sordo al grito de dolor y consternación de sus hijos. En la misericordia todo se revela, en el amor misericordioso del Padre todo se resuelve. ¡Al final, solo queda la misericordia de Dios!

A veces es duro y difícil aceptar, acoger y vivir la misericordia. La misericordia de Dios - si se le permite obrar - desnuda, deja al descubierto, despoja, consume en el amor.

Nos salva haciéndonos nuevos, pero nos hace renacer a través de un parto doloroso. La misericordia de Dios sabe y ve lo que no sabemos y no vemos. Y desde que se manifestó en la cruz de Cristo, debemos abandonarnos a ella con plena confianza. Quedan las preguntas. Las dudas y los interrogantes continúan marcando el fondo del alma. Quedan para recordarnos nuestra condición de viajeros y peregrinos. Todo esto si la misericordia "se toma en serio".

Nos encomendamos a María, la mujer de los dolores, madre de la esperanza y de la misericordia, que nos dice: "No temáis". Como para querernos repetir el saludo que le dirigió el ángel: "Nada es imposible para Dios ...". Su mirada maternal se encuentra con la nuestra, un poco desconcertada y llena de miedo. Y ella, la madre de Jesús y nuestra, asume sobre sí nuestras tristezas y nuestras angustias, enjuga nuestras lágrimas, nos calienta el corazón, nos tranquiliza y nos consuela. Como hacen las madres, nos repite con cierta insistencia: "¡No tengáis miedo!" Jesús está con vosotros, y os apoya siempre y sobre todo en estos tiempos difíciles. "¡No tengáis miedo!". Ella, la madre de todo creyente permanece en nuestros hogares llenos de tantas soledades. Está al lado de la cama de los enfermos y moribundos, para que no se sientan solos. Se queda entre nosotros, todos los días, para hacernos descubrir los signos del amor infinito de Dios.

Que la oración a la Virgen María, "la madre de los pobres", una a todos, hermanos y hermanas. Y a cuantos les sirven en el nombre de Cristo. Y que la oración transforme "la mano tendida" en un abrazo de fraternidad reencontrada.

Pidamos a Magdalena Aulina - quien a lo largo de su vida "extendió" y "tendió" sus manos a los pobres, tanto espirituales como materiales - que interceda por nosotros ante la virgen y madre de la Providencia.